

III

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYTIME

Siempre fuiste tú

 Planeta

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYTIME

Siempre fuiste tú

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Dunbridge Academy. Anytime*

© 2022 by Bastei Lübbe AG

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-08-28003-3

Depósito legal: B. 17.042-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Olive

—Despacio, cariño.

Me trago la respuesta mordaz que tengo en la punta de la lengua y me obligo a respirar hondo. Necesito reunir toda mi capacidad de autocontrol para ignorar el dolor que siento en el hombro derecho. Se me saltan las lágrimas, y eso que hace solo unos minutos que me he tomado el último calmante. Los efectos tardan un poco en notarse, ¿y cómo iba yo a suponer que mamá y papá se plantarían de repente en mi habitación para recogerme del hospital? Llevo varias semanas aquí y se me han hecho interminables, pero ahora todo sucede muy deprisa.

—Ya me encargo yo de esto —dice mamá mientras me coge la bolsa.

Solo hay un par de prendas de ropa, cosméticos, libros y cojines; casi todo recién comprado porque no soporto el olor a humo que impregnó todas las cosas de mi habitación que se salvaron tras el incendio que se produjo en julio en la Dunbridge Academy. Las llamas no llegaron al tercer piso del ala oeste, pero arrasaron la escalera y destruyeron casi por completo la parte baja del edificio. Tar-

daron varios días en determinar la magnitud de los daños. Mientras los expertos de la policía y los peritos de la compañía de seguros revolvían los restos calcinados y las vigas del techo caídas, yo estaba en la unidad de cuidados intensivos, sin enterarme de nada. ¿Cómo iba a enterarme, si me pasé casi dos semanas intubada, conectada a un respirador, porque el dolor de las quemaduras no me dejaba dormir y me habría vuelto loca? Fue insoportable cuando por fin me desperté. Todavía me duele mucho, sobre todo en el hombro derecho, en el que me han tenido que injertar piel del muslo, ya que de lo contrario la herida no se habría curado. «Injerto dermoepidérmico», «injerto de malla», «trasplante de piel»... son términos a los que me he acostumbrado porque han pasado a formar parte de mi vida. Y lo odio.

—Te ayudaré, cariño —dice papá cuando salimos y ve que extendiendo la mano hacia la puerta trasera del coche.

La abre para mí como si no me hubiera pasado semanas en rehabilitación, aprendiendo de nuevo incluso el movimiento más ridículo y fracasando hasta en las tareas más sencillas: estar de pie, ponerme una camiseta, recogerme el pelo en una coleta como solía hacer mientras bajaba a la piscina del internado. Aunque ahora ya no será necesario, porque tardaré mucho en poder volver a entrenar. Y no es autocompasión ni me estoy pasando de dramática. Es lo que me han dicho los médicos, varias veces, además, porque me negaba a creerlo. Y sí, ese gremio es tan insensible como dicen. Papá tal vez sea la única excepción.

«Puedo hacerlo. No necesito tu ayuda», me gustaría decirle. Me cuesta reprimirme y no soltarle cosas por el estilo. Y tampoco consigo darle las gracias, que es lo que debe-

ría hacer mientras me siento en la parte trasera del coche. Evito su mirada y él cierra la puerta detrás de mí al cabo de un momento. Volvemos a mirarnos a través del retrovisor por el que me observa cuando se sienta tras el volante, junto a mi madre.

Mis padres no merecen mi mala leche. Lo que me ha ocurrido no es culpa suya. No es culpa de nadie, de hecho. Bueno sí, de los cabrones que estuvieron fumando en la mazmorra esa noche de julio. Durante la investigación la policía encontró una colilla entre los restos del sótano en el que los alumnos de último curso celebraban sus fiestas. Allí había decenas de personas, pero parece ser que nadie vio nada raro. A estas alturas ya han dado el caso por cerrado. Fue un accidente, y no un incendio intencionado. Una tragedia y una suerte dentro de la desgracia, porque no murió nadie. Solo mis sueños, pero de todos modos debería sentirme afortunada.

«Tuviste una suerte enorme.» Si esa viga ardiendo hubiera caído de un modo distinto, no me habría golpeado solo en el hombro, sino que seguramente me habría matado. Y tal vez habría sido mejor así, pero si lo digo en voz alta mis padres me mandarán de vuelta al hospital. Por eso me limito a quedarme callada en el coche con ellos, que tampoco dicen nada, ni a mí ni el uno al otro, porque solo es cuestión de tiempo que se acaben divorciando. Mamá, con sus remordimientos de conciencia y ese idilio que mantiene con alguien de Ebrington desde hace meses, al menos desde que la pillé. Y papá, que todavía no tiene ni idea. Me dan ganas de llorar, pero no puedo. Aquí estoy, he sobrevivido. Y seguiré sobreviviendo. En realidad no es tan duro si te esfuerzas.

Vamos, Olive. Sé fría, tienes que estar a la altura de tu reputación. Tienes que ser como antes, aunque ya no seas la misma. Porque todo ha cambiado.

Piensa en tus amigos. Piensa que mañana volverás a verlos por fin. En el internado, no en el hospital como cuando vinieron a visitarme en cuanto empecé a encontrarme mejor. Cuando comenzó el curso dejaron de acudir tan a menudo, pero es comprensible. Están en el último curso. Sin mí.

Joder, lágrimas otra vez. Parpadeo para intentar controlarlas.

—¿Todo bien, cariño?

—Sí —respondo antes de tragar saliva y apoyar la nuca en el reposacabezas.

Papá dirige el coche hacia Stockbridge, el barrio de Edimburgo en el que vivimos. Noto cada una de las miradas que me lanza por el retrovisor. No me cree. Porque me conoce bien.

Y en realidad nada va bien. Estoy cansada, realmente agotada, me duele todo y acumulo tanta rabia que tengo ganas de gritar. Esa rabia ya existía antes del verano, solo que por motivos distintos. Hace ya casi un año que dura. Desde que todo se fue al garete y empecé a tener la sensación de estar perdiendo el control sobre mi vida.

¿Por qué me ocurrió esto a mí? ¿Por qué tuve que ser yo quien regresó pronto al internado esa maldita noche de julio? ¿Por qué no me pasé por el forro lo de dormir ocho horas antes de la competición que me esperaba al día siguiente y me quedé con mis amigos en el festival de verano de Ebrington? Pues porque quería clasificarme en un campeonato de natación en el que al final no pude ni partici-

par, porque acabé intubada y conectada a un respirador artificial en la unidad de cuidados intensivos.

De eso hace ya nueve semanas, y durante los primeros días nadie sabía si recuperaría la conciencia. Porque no solo me quedaron los pulmones dañados por el calor del fuego y por los gases, sino que además en la escalera me cayó encima una viga ardiendo cuando ya había perdido el conocimiento. El olor acre del humo, el corazón acelerado mientras bajaba los escalones del ala oeste corriendo como una loca. Ni siquiera me acuerdo de dónde perdí la conciencia exactamente. Solo del ruido infernal que hacían las llamas. Y de lo oscuro que estaba todo. Oscuridad, calor, pánico, pánico y más pánico. Y luego, tras lo que me parecieron solo unos segundos, todo pasó a ser claridad, pitidos, dolores, hospital. Y otra vez pánico, pánico y más pánico. Hasta hoy, ese maldito pánico todavía está presente, como si mi cerebro no fuera capaz de comprender que ya no corro peligro. Que estuve en una situación terrible, pero que de algún modo conseguí sobrevivir. ¿Qué podía hacer, si no?

Suerte. Tuve suerte. Tengo que repetírmelo una y otra vez. Menuda suerte tuve de ser la única que quedó malherida durante el incendio. Y no es que le desee nada malo a nadie. Ni siquiera a mi peor enemigo que, dicho sea de paso, no existe. Ni siquiera a mi madre y al hombre que, junto con ella, ha decidido destruir a nuestra familia. Ni siquiera a ellos les deseo algo así. A nadie. Pero tampoco lo deseo para mí.

Sin embargo, lo que deseas y lo que te ocurre, por desgracia, a menudo no tienen nada que ver. En mi planta todos se habían marchado ya de vacaciones o estaban en el

festival de Ebrington. Las más pequeñas, en la planta baja y el primer piso, pudieron escapar de las llamas porque el camino era más corto. La escalera ya estaba vacía cuando yo empecé a bajar enfrentándome al fuego y al humo, que era ya tan denso que ni siquiera podía intentar respirar a través de la tela del pijama.

Me sobresalto cuando papá pega un frenazo y suelta un taco. El cinturón de seguridad se me clava en el hombro, aprieto los dientes para soportar el dolor y suelto un gemido. Tengo que convencerlo de que estoy bien. De lo contrario ya puedo olvidarme de nuestro trato. Fueron necesarias varias horas de discusión y muchas lágrimas de desesperación para que por fin mamá y él decidieran que podía terminar el proceso de rehabilitación como paciente externa y volver a clase la semana siguiente.

Ya me parece bastante malo que mi padre apenas pueda mirarme. Se esfuerza en disimularlo con profesionalidad, pero me he dado cuenta cada vez que ha estado conmigo. Mi propio padre, pese a ser médico, no soporta verme. A pesar de que su pasión es ayudar a la gente, por lo visto esa pasión termina con su propia hija, y no soy tan ingenua como para creer que no soy importante para él. Todo lo contrario, ese es precisamente el problema. Mamá y yo lo somos todo para él. Mi padre es un hombre cariñoso, y el miedo a perderme está a punto de destruirlo. Lo sé. Y mamá también lo sabe.

«Livy, cielo, prométemelo.» La mirada penetrante de mi madre, sus manos sobre mis brazos cuando me alcanzó en Ebrington, meses antes del incendio, cuando yo todavía no sabía lo que era tener verdaderos problemas. La manera como miraba a su alrededor, agitada, mientras seguía

hablándome en voz baja. «Prométeme que no le contarás nada a tu padre. Eso le rompería el corazón, Olive.»

Nos acercamos a casa. Mamá me lanza una mirada por encima del hombro y yo aparto la vista de inmediato. Ver el sendero de entrada y la fachada de la casa adosada de dos plantas de ladrillo oscuro no mejora las cosas. Durante las últimas semanas he venido por aquí menos que nunca. Y es significativo, teniendo en cuenta que vivo en un internado y solo vuelvo aquí los fines de semana.

Me siento como una intrusa en esta asociación de conveniencia en la que se convirtió en algún momento la casa de mis padres. Papá me lleva las cosas y mamá me observa expectante. «No le dirás nada, tesoro, ¿verdad?» Lo veo en su rostro. Cada vez que me mira desde aquella tarde de hace algo más de un año. Pero ahora no puedo estar pendiente de eso.

Cruzo el umbral y entro en el vestíbulo. Huele igual que siempre. A café, a cuero viejo y a esa nota cítrica de los ambientadores que mamá coloca por todas partes. Me paro frente a la escalera para quitarme los zapatos y me siento una fracasada, porque el corazón me advierte que está llegando a su límite y tengo que sentarme de inmediato. Yo, Olive Mary Henderson, ni siquiera puedo quitarme los zapatos de pie. No sabía que fuera posible despreciarme tanto a mí misma, pero parece que lo es.

Me siento como si estuviera fuera de mi propia piel cuando, más tarde, los tres nos sentamos a cenar. Todavía no he recuperado el apetito, pero la sensatez me obliga a terminarme el plato de arroz con verduras. No podré volver a estar en forma si no como lo suficiente. El tiempo que he pasado en la unidad de cuidados intensivos ha consu-

mido mis reservas, porque de todos modos tampoco es que tuviera muchas. He perdido la musculatura que había adquirido gracias a la natación y a los entrenamientos regulares. Tengo el cuerpo como un flan, e incluso me ha quedado hecho un asco por fuera. Todo me parece agotador.

—¿Os importa si me voy a mi habitación? —pregunto cuando termino de cenar, notando que el cansancio me asalta de repente. Ya no me enfado si necesito acostarme cuando los niños de primaria todavía están viendo la televisión. Debo darme tiempo, no para de repetírmelo todo el mundo.

Me pongo en pie y papá titubea. En realidad ya debería haberme dado cuenta en el momento en que le ha lanzado una mirada a mamá. Me siento otra vez.

—Nos gustaría hablar contigo sobre algo —me dice poco a poco.

No me muevo.

—De acuerdo —respondo, aunque suena más bien como una pregunta.

—Comprendemos que quieras reincorporarte a las clases, Olive.

—A mi vida normal —lo corrijo.

Normal. Corriente, alejada de las deprimentes habitaciones de hospital y de esos médicos siempre estresados que me examinan el hombro, me preguntan si he evacuado como si no fuera una chica de diecisiete años que se avergüenza de todo en la vida, y luego se marchan corriendo a otra habitación sin siquiera mirarme a la cara.

—Lo sabemos, cielo —dice mamá, y le dirige una mirada fugaz a papá—. Y a nosotros también nos gustaría que fuera posible.

—La semana pasada tuvimos una conversación con la rectora Sinclair —prosigue él. Un momento. ¿Por qué no sabía yo nada de esto?—. Se alegra de que quieras regresar, pero también está preocupada por ti y por tu estado de salud. Como todos nosotros.

Asiento mientras lucho por controlarme.

—Pero tú estarás allí para vigilarme —digo, porque trabaja allí al menos dos mañanas por semana. Y, cuando no está ejerciendo como médico de la Dunbridge Academy, durante las horas que pasa en su propia consulta, en la enfermería del internado siempre está Petra, la enfermera. Es casi como en la clínica. Lo que necesito no es atención continua las veinticuatro horas del día, sino un poco de esperanza.

—Cierto —confirma muy serio, uniendo las manos frente a la boca—. Olive, tu madre y yo, junto con la rectora Sinclair, hemos decidido que lo mejor para ti será que repitas undécimo.

—¿Qué? —exclamo riendo. Me río de verdad, pero la sonrisa se me congela en los labios. Mamá y papá se me quedan mirando sin decir nada—. No..., no lo decís en serio, ¿verdad?

—Nos parece que es la solución más sensata para que...

—¿Por qué tendría que repetir undécimo? —interrumpo a mamá—. ¡He aprobado todos los exámenes!

Es cierto, aunque también soy consciente de que el verano pasado mis notas no podrían haber sido más ajustadas.

—Los profesores hicieron la vista gorda, Olive. No es ningún secreto que tu rendimiento era insuficiente para pasar de curso.

—La rectora Sinclair dijo que podía pasar sin problema al último curso. ¡Lo dijo! —grito indignada. El corazón se me acelera mientras levanto la voz cada vez más a medida que comprendo que mamá y papá no están discutiendo conmigo. Simplemente me están comunicando la decisión que han tomado en mi lugar, como si yo se lo hubiera pedido.

—Lo sabemos, Olive —me dice papá con calma—. Y te aseguro que no ha sido nada fácil tomar esta decisión. Pero el curso ya ha empezado, tienes que cambiar tu asignatura de Deporte por la de Español y ponerte al día con mucha materia. El último curso es muy exigente, no queremos que tengas esa presión adicional.

«No en el estado en el que te encuentras.»

«No mientras sigas estando tan frágil y sufriendo esas pesadillas.»

—¡No podéis hacerme esto! —exclamo—. La rectora Sinclair dijo...

—Olive, somos tus padres. Sabes que mientras seas menor de edad la decisión sigue siendo nuestra.

Me levanto de un brinco. El hombro me duele, pero apenas me doy cuenta. No es nada comparado con la desesperación que va creciendo en mi interior.

—No podéis hacerme esto —repito, porque no tengo nada más en la cabeza. Mamá y papá se quedan sentados. Las lágrimas empiezan a acumularse en los ojos—. ¿Y mis amigos? —pregunto con la voz quebrada.

Mis amigos sí han pasado de curso. Es el único pensamiento que me ha animado a hacer progresos rápidos: así al menos podré pasar un último año con ellos antes de que todos nos dispersemos a los cuatro vientos.

—No van a desaparecer del mundo, cariño —me dice papá.

Mamá guarda silencio y se limita a evitar mi mirada.

Niego con la cabeza y me doy la vuelta. No puedo permitir que me vean llorar. Otra vez no. Me muerdo el labio inferior y endezco la espalda. Hasta que llego a mi habitación no derramo ni una lágrima.